

PQ7697

C77

1889

V.7

el 2



BIBLIOTECA



FONTE BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



LOS FUEREÑOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

PROCEDENTE del interior acaba de llegar á la estación del Ferrocarril Central una familia compuesta de un señor gordo, trigüeño y de poca barba y vestido con chaqueta de lienzo, sombrero galoneado y plaid; una señora, gorda también, con vestido de percal y tápalo á cuadros, dos niñas de diez y siete y veinte abriles con vestido de lana y seda y sombrero á la francesa; viene además Gumesindo, el hermano de las niñas, que es un charrito hecho y derecho. Trae pantalóneras de paño ne-

ACUERDO ADEPTO...
NOB. OVER... 40...

gro, con botonadura de plata, chaqueta negra con alamares y sombrero canelo con ancho galón de oro y dos chapetas que consisten en un monograma de plata sobredorada con las iniciales G. R.

El señor gordo, que se llama D. Trinidad, y su mujer que se llama Candelaria, no paran mientes en que pueden parecer payos, y lo ven todo con asombro, vienen á la capital de la República por la primera vez y por la primera vez ven el ferrocarril.

Las muchachas se mortifican de la atención exagerada de sus padres, y aunque á ellas les llama todo no ménos la atención, fingen no impresionarse para hacer cumplido honor al corte francés de sus vestidos.

—¡Mira qué de gente, Trinidad, y qué de extranjeros!

—Por de contado, todo esto es de extranjeros.

—Arrimo el coche? pregunta un cochero.

—Tiene V. equipaje, amito?

—Llevo los bultos?

—Un coche! Quiere V. un coche?

—Tráigalo pues, dijo Gumesindo, que era el más garboso de la familia.

—Por acá se sacan los equipajes, amito, decía un cargador diligente; ¿tiene V. el talón?

—A ver, á ver quién trae el tompeate de los dulces.

—Lo tiene Clara, dijo una de las niñas.

—Y tú, Guadalupe, traes la maletita?

—Aquí la tengo, dijo Gumesindo.

—¿Todo está completo?

—No falta nada.

—Vamos á ver los equipajes.

—Aquí estoy, señor, no tenga V. cuidado, exclamó un jóven acercándose á D. Trinidad, ya tengo los talones y tendrá V. su equipaje esta misma noche: son cuatro baúles y una caja. Pierda V. todo cuidado, la casa responde. ¿Conque al Hotel Central, no es eso?

—Sí, al Central.

—Monten Vds. en el coche.—Mira, dijo el del express, lleva á los señores al Hotel Central.

—Está bien, amigo..... fiamos en que.....

—Pierda V. cuidado.

La familia se instaló en el coche y el cochero al cerrar la portezuela, dijo:

—Ya sabe su mercé, doce reales.

—Cómo doce reales! ¿pues á cómo es la hora?

—Pues es lo convenido.

—No, yo no pago doce reales; dicen que es á cuatro reales la hora.

—Estará muy lejos, dijo D.^a Candelaria.

—Bueno, está bueno amigo, dijo Gumesindo; vámonos.

—El cochero subió al pescante y partió.



CAPÍTULO II.

NO bien se había instalado la familia en el Central, llegó el corresponsal de D. Trinidad á quien no conocía personalmente.

—D. Trinidad Ramirez?

—Servidor de V. ¿Usted es el Sr. Gutiérrez?

—El mismo ¡cuánto gusto tengo de ver á Vds. por acá! qué tal camino?

—Hombre! hombre! ¡es como cosa de magia!

—Yo estoy atarantada todavía, dijo doña Candelaria.

—Nunca había V. visto un ferrocarril?

—Quiá! no señor; y si no es por éste,

dijo señalando á su marido, no me hubiera arriesgado. Eso, por mucho que me digan, es peligroso. ¡Si viera V. cómo pasaban los árboles! ¡Jesús de mi vida!

—Pero en fin, dijo el corresponsal, el viaje ha sido feliz.

—Por supuesto, señor Gutiérrez, pero ¡qué extranjeros éstos! Nada, amigo; debemos confesar que lo saben hacer. Para qué es más que la verdad. Si le hubieran dicho á mi señora madre que habíamos de venir de allá en casa, en catorce horas se hubiera echado á reír.

—Pues y dónde me deja V. el telégrafo! dijo D.^a Candelaria.

—Vaya, pero eso es viejo. Ahora hay otra cosa que se llama el tele....

—El teléfono.

—Eso! Y es cierto que se platica?

—Sí, señor, pronto lo va V. á ver.

—Y cómo es eso?

—Es como el telégrafo, mamá, dijo Clara, con la diferencia de que el teléfono es para oír.

—Para oír qué?

—Para oír la voz de V. á una gran distancia.

—Ay, qué vergüenza! exclamó D.^a Candelaria. Quiere decir que si tengo algo que decirle á mi marido, lo oye todo el mundo.

—No, mujer, nada más que tú y yo. Podemos secretarnos por el teléfono sin que nadie nos oiga.

—No, eso es imposible, porque si yo estoy lejos, tienes que gritarme.

—En eso está el secreto y la invención.

—De los extranjeros por supuesto!

—Sí, mujer, todas esas cosas son de Europa.

—Habrás visto! Yo quisiera ver el teléfono.

—No hay inconveniente, *señorita*, dijo Gutiérrez, yo voy á enseñar á Vds. todo lo que hay de notable en la capital.

—Ah! qué bueno, exclamaron las muchachas. Esta noche vamos al Zócalo. ¿Por dónde está el Zócalo?

—Muy cerca de aquí, y el circo, el tea-

tro de Variedades y el Recreo de los Niños.

—Con que todo eso hay?

—Tenemos además la compañía italiana de la Sra. Tessero.

—Y qué es eso, ópera?

—No señora, comedia en italiano.

—En italiano! y por qué no en castellano que es lo más natural. Por mi parte apuesto á que no les entenderé una palabra, ¿y qué, les tiene cuenta?

—Vea V., la compañía no ha ganado gran cosa.....

—Por de contado, si no se les entiende.

—No se lo he dicho á V., Sr. Gutiérrez, todo es extranjero, hasta el teatro. Vea V., nunca habíamos visto eso de comedias en italiano. Nada, nada, esto va á ser de los extranjeros, y los hijos del país nos quedaremos á un pan pedir.

—Pues vamos á tener también ópera francesa.

—Otra te pego! exclamó D.^a Candelaria, para que canten en francés. Tampoco voy á entenderles una palabra.

—Mis hijas, dijo D. Trinidad, mis hijas están aprendiendo francés, ya eso es otra cosa.

—Sí, papá, pero no llevamos más que tres meses.

—Bueno, pero ya entienden.

—Y V., jovencito, dijo Gutiérrez, dirigiéndose á Gumesindo.

—Este es ranchero. A éste quítelo V. de lazar y andar á caballo y no sabe hacer nada. No es para los estudios.

—A él le gusta el campo, agregó doña Candelaria.

--Bueno, bueno.

—Pues ya se vé. Mire V. lo que son las cosas, señor Gutiérrez, á mí no me pesa que Gumesindo no haya nacido para los estudios, porque de esa manera me acompaña en los negocios de campo, en las labores y todo lo que se ofrece por allá. No que mi otro hijo, Nicolás, casi ya ni lo conocemos; le dió por los libros y se perdió; ya tenía su tierrita, y ya hubiera levantado algo, pero al muchacho me lo alucinaron

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO,
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTREY, CALIF.

unos estudiantes en vacaciones, y le dió por letrado, se vino á México hace diez años, y el muchacho se ha desnaturalizado y se ha hecho más catrín de lo que yo quisiera; le da por periodista y por hereje; eso del positivismo, que anda tan en boga entre los estudiantes. Sea lo que fuere, haga V. cuenta que hemos perdido á Nicolás, apenas nos ha escrito, y le parece que su familia no le honra según como se porta con nosotros. Dice que estamos muy atrasados y que somos payos, á éste no lo puede ver porque dice que es un bruto; dice que tiene compromisos políticos y ya está metido con la gente de arriba. Ya lo vé V., no ha ido á recibirnos. Sus hermanos le escribieron diciéndole el día y la hora en que teníamos que llegar; pero nada, ni por asomos; andará en juntas ó en bailes, ó en qué se yo qué danzas.

—Pero está en México? preguntó Gutiérrez. Acaso no habrá recibido las cartas.

—No lo sé. Sobre que nunca nos escribe! Yo le aseguro á V. que estoy arrepentido,

no por él sinó por nosotros, de haberle dado gusto. Porque vea V., lo mismo le ha sucedido á un compadre mío; hizo catrín á un hijo rancherito que tenía, y lo perdió en la capital; lo envió dizque á estudiar, y se lo malearon hasta el punto que murió el muchacho de mala muerte. Desde entonces dijo mi compadre: Pues lo que es á éstos, refiriéndose á sus otros tres hijos, los quiero ignorantes, pero honrados y trabajadores. Yo no quiero abogados pícaros, ni revolucionarios en mi familia. Los quiero agricultores á la vieja usanza; no con mucha química ni muchas matemáticas como esos agricultores de la Escuela que saben sembrar cebada en el pizarrón, pero se les achahuixtla en la sementera. Yo quiero á mis hijos rancheros y no catrines. Y así lo ha hecho, Sr. Gutiérrez, y se va saliendo con la suya de hacerlos hombres honrados. Los muchachos son trabajadores, y las labores de mi compadre se pueden ver; da gusto ver sus campos y sus animales. Oiga V., tiene unas vacas que mejores no las hay en el mundo.

—Tiene V. razón, señor D. Trinidad. Es peligrosa esta capital para los jóvenes. Hay aquí muchas ocasiones y muchos motivos para divagarse. Por desgracia, tengo también una triste experiencia.

—Tiene V. hijos?

—Sí, señor. Ya tendré ocasión de hablarle á V. de las delicias de nuestra hermosa capital. Por ahora es necesario proceder á que Vds. tomen alguna cosa de cena.

—Me parece muy acertado.



CAPÍTULO III.

EL equipaje de D. Trinidad no llegó al hotel en toda la noche no obstante las protestas del agente. Pero el correspondiente tranquilizó á la familia, asegurándole que llegaría al día siguiente á más tardar.

—Y en qué consiste eso, señor Gutiérrez? le preguntó D.^a Candelaria.

—En que el express es nuevo y anda todavía algo torpe. Ya saben Vds. por otra parte, que aquí anda todo espacio. Nos sucede con frecuencia que llega una carta antes que un telegrama, y que se va más pronto á pie á cualquiera parte que en las tranvías.

—Pero cómo puede suceder tal cosa! exclamó D. Trinidad; yo no he estudiado

como mi hijo Nicolás, pero sé que eso del telégrafo es por la electricidad, que es como si dijéramos por el rayo.

—Exactamente. Pero no es la electricidad la que anda despacio, señor D. Trinidad, sino los empleados del telégrafo.

—Ah, ya eso es otra cosa. Y lo de las tranvías? Cómo es que se llega más pronto á pié?

—Es muy sencillo, señor D. Trinidad. En otros países las tranvías tienen por objeto acortar el tiempo y la distancia, porque el tiempo es dinero, según dicen los yankees; pero entre nosotros no se trata del tiempo.

—No? pues de qué?

—Simplemente de ir sentado.

—No comprendo.

—Pues es muy sencillo, mire V. En las grandes ciudades, el servicio de las tranvías ha sido trazado en el plano respectivo conforme á las exigencias de la población por los arquitectos de ciudad, y con la intervención del cuerpo municipal que es el en-

cargado del servicio público; en consecuencia, una vez formado el plan de este servicio y trazadas las líneas necesarias que han de proporcionar ahorro de tiempo, acortamiento de distancias y comodidad de los transeúntes, se contrata la obra bajo las bases convenientes, que son por lo general el poder cruzar la población en varios sentidos pero en línea recta, que, como sabe V., es la más corta. Pero en México, señor D. Trinidad, no es la línea recta la que nos preocupa, sino la curva; esa es nuestra línea, y por la curva vamos á todas partes. De esto son una prueba las tranvías, divididas en circuitos que, como los anillos de una cadena, se tocan entre sí; de manera que el transeúnte puede llegar á su destino después de haber descrito, en vez de una línea recta, un número 888.

—Cómo, cómo es eso? preguntó D.^a Candelaria; y para qué son tantas vueltas? eso no puede ser.

—Ya verán Vds. como para ir desde la calle del Indio Triste hasta el teatro de

Iturbide, hay necesidad de pasar por San Pablo y por la plazuela de Loreto, lo cual equivale á andar cuatro veces el camino.

—Eso es increíble, dijo D.^a Candelaria.

—Ha de ser, agregó D. Trinidad, por cobrar más.

—No, señor, nada de eso; solo se pagan seis centavos por dos circuitos, quiere decir, por un número 8.

—Entonces cómo se explica V. ese rodeo?

—Es muy sencillo. Ya hemos dicho que en otras partes el plano de las tranvías lo traza el municipio para bien de la población. En México traza el plano el mismo empresario para resolver un problema á todas luces favorable á sus intereses, aunque molesto para el público.

—Si se hubiera seguido el plan de líneas rectas y dobles vías, con servicio no interrumpido de carros, el presupuesto hubiera subido cuatro tantos más. Si se contrataba sólo una línea, se abandonaba el terreno explotable á otras empresas rivales. Lo más acertado, pues, para la empresa, fué exten-

der sus circuitos de tal manera que abarcasen la area de la ciudad, para no dejar lugar á nuevas empresas. Así el empresario monopoliza el servicio, y el público, que no se ocupa de hacer comparaciones, está muy ufano con tener tranvías, y como va sentado le parece muy divertido eso de hacer números 8 por sólo seis centavos.

—Sabe V., señor Gutiérrez, dijo D. Trinidad, que ya no sólo los extranjeros son ingeniosos para esto de sacarnos los tecolines?

—Qué me cuenta V! si ya tenemos aquí una raza mixta, no precisamente por cuestión de sangre, sino de lucro, que se pinta sola para explotar al prójimo. Es bueno, que en el Zócalo, que Vds. van á ver esta noche, y cuya entrada es libre, porque es un paseo público, sucede de repente que aparece un señor que pone unas tablas y unos trapos en cierta porción del Zócalo, é improvisa una puerta con un letrero que dice: «entrada general, dos pesos.»

—Ah, qué cosas nos está contando este

señor! exclamó D.^a Candelaria. Parece cuento, pero por decontado no habrá quien pague esos dos pesos por entrar.

—Al contrario, señora, todos los ricos pagan sólo por estar en un lugar donde no haya pelados.

—Con que sólo por eso?

—Sí, señora.

—Y qué hay que ver adentro?

Pues no hay nada, se ven los unos á los otros y se oye más cerca la música. Siendo de advertir que cuando no se paga, el centro del Zócalo, cerca de la música, es el lugar de la plebe, y la gente elegante se pasea lo más lejos posible; y cuando se paga, se invierten los lugares: la plebe pasea al rededor y los ricos en medio.

—No te dije, Trini, dijo D.^a Candelaria, que nos íbamos á divertir mucho en México con todas esas rarezas que no hay por allá? Vamos, que estoy ya como en otro mundo, señor Gutiérrez; nos cuenta V. unas cosas!

Las niñas y Gumesindo habían guardado silencio durante el diálogo anterior, sin atre-

verse á tomar parte en aquello que interiormente reprochaban al señor Gutiérrez como una crítica parcial y exajerada. Los fuereños vienen generalmente bien dispuestos á aceptar lo que van á ver por primera vez. Gumesindo y sus hermanas no querían perder sus ilusiones.

